REVISTA DE LA ESTRELLA

Octubre-Nov. 1932 Núm. 6

EDICION PARA ARGENTINA, CHILE, ESPAÑA, PUERTO RICO Y URUGUAY

SUMARIO

Charlas en el Campamento de Ojai 2

Noticias . . . . , ... 28



DIRECTOR: FRANCISCO ROVIRA

APARTADO 867. - MADRID

SUSCRIPCION ANUAL:

ESPAÑA: 8 PESETAS

AMERICA Y OTROS PAISES: 10 PESETAS

UN EJEMPLAR SUELTO: 1,50 PESETAS

SE ENVIA A RIESGO DEL SUSCRIPTOR

CHARLAS EN EL CAMPAMENTO DE OJAI

IV

De lo que voy a decir esta mañana, deduciréis algunos que no hago más que destruir, sin daros ideas constructivas de cómo habéis de vivir; pero si reflexionáis cuidadosamente, veréis que al despojaros de todas las cosas de que os habéis rodeado como esenciales, en el proceso de esa denudación, está la bienaventuranza de la Verdad. En el proceso de libertarse de la adquisición, ya sea de ideas, de cosas o de sensaciones, os hacéis supremamente inteligentes —no con la inteligencia adquirida en los libros, sino de percepción directa, la inteligencia de supremo valor, que es el discernimiento verdadero. No podéis discernir, comprender, penetrar, si la mente no está libre por completo; y al desembarazaros de estorbos tendréis la inteligencia natural que es esencial para la comprensión de la Vida.

Algunos de vosotros que habéis estado aquí los tres últimos días, quizás os canséis de mi repetición; pero he notado que incluso los que han escuchado no se han dado perfecta cuenta de lo que quiero decir. Quiero demostraros que la Verdad no se alcanza por la mera imitación, no se consigue por la oración, por lo que llamáis meditación; y que realizar la Vida no es correr tras ella.

Creéis que persiguiendo la Verdad, que corriendo tras ella vais a conseguir la eternidad. Quiero demostraros que el camino a seguir es todo lo contrario, y que, como posiblemente no podéis saber lo que es la Verdad, no podéis buscarla. Cuando buscáis algo, ya lo habéis concebido, y por lo tanto, está muerto. No podéis perseguir la Verdad, no podéis correr tras ella, porque siempre está ahí. No po-

déis buscar una cosa que está presente; es como si persiguiérais vuestra propia sombra. Aunque hayáis leído u oído algo de ella, no podéis saber qué es la Verdad; por lo tanto, no podéis perseguirla. Vuestra mente no puede estar cargada con la idea de qué es la Verdad. Lo que concebís como la Verdad, no es la Verdad; lo que concebís no es más que imaginación, una idea, una sensación, mientras que la Verdad no es nada de eso. Una mente finita no puede comprender la infinidad. No podéis encerrar los vientos en el puño; no podéis asir lo inconcebible, lo indescriptible, y sin embargo, eso es lo que cada uno de vosotros está intentando hacer. En este intento no hacéis más que crear una idea de lo que es la Verdad; de ahí viene una finalidad, que no es sino muerte. No es más que una pérdida de energía y de tiempo, una lucha estéril, tratar de sujetar algo que no puede sujetarse. Si realmente comprendéis esto, entonces dirigiréis vuestro esfuerzo por el buen camino.

Ahora, la verdadera espiritualidad—a mí personalmente no me gusta esta palabra, porque la han embadurnado completamente de sentimentalismo, estupidez e histerismo—exige gran persistencia de inteligencia, inteligencia de armonía continua, percepción directa. En momentos de lucidez, en simples intervalos, tenéis una sensación intuitiva de algo imperecedero, de algo indescriptible, de un éxtasis. Cuando se ha desvanecido, gastáis el tiempo mirando atrás y tratando de asir lo que habéis sentido en esas raras ocasiones; tratáis de recordarlo, rechazando cuanto impida la claridad del recuerdo. Así tratáis de dominar las circunstancias, y nace la idea de que tenéis que libraros de ellas. Si os examináis, veréis que esto es lo que estáis haciendo, y que esto es lo que trata de hacer el supuesto buscador.

Ansiáis ser guiados, y halláis un guía. Ese instructor, maestro, salvador, os moldea a su imagen. Así es que vuestros maestros son vuestros destructores, porque os moldean según un tipo, negando la libertad, y estableciendo sistemas y divisiones. Aquél a quien seguís, a quien adoráis, es en verdad vuestro destructor. Por vuestra ansia indolente os creáis un maestro, y así os convertís en vuestros propios explotadores. Ahora, quiero demostraros que por vuestro propio esfuerzo recto, por vuestra propia conducta, viene el éxtasis de la Vida, la tranquilidad de una plenitud imperecedera.

Teniendo un recuerdo de lo que se supone ser cierto, y procurando sujetar esa ilusión, creáis un conflicto incesante. No tratáis de comprender la vida tal cual es. Al contrario, tenéis una idea de lo que es el cielo, el nirvana, Dios, la Vida, la Verdad, y procuráis forzar vuestra mente a comprender esa idea, lo que ocasiona una lucha, una serie de resistencias, y con esa actitud mental, esperáis llegar a un estado en que todo esfuerzo haya cesado. Si observáis los movimientos de vuestra mente, veréis que os abrazáis a recuerdos, agradables y desagradables, y mediante ellos pretendéis llegar a realizar la Vida. Es decir, tenéis una experiencia que no habéis comprendido por completo, que no habéis vivido por entero ni acabado con ella; por lo tanto, conserváis su recuerdo, y agobiados por ese recuerdo, tratáis de vivir y de ajustaros en el presente. Así tenéis una lucha continua, una verdadera desdicha. Vuestras acciones causan dolor, porque estáis procurando vivir en el presente con una mente nublada por el pasado. Por lo tanto, os falta la comprensión del presente, y sólo el presente encierra lo eterno.

Si consideráis vuestros pensamientos y sentimientos, veréis que continuamente buscáis ideas cada vez mayores, estímulos cada vez más fuertes, y cumbres cada vez más altas que escalar. Por falta de comprensión del presente, miráis a futuras hazañas, que es como apilar polvo sobre polvo. No es más que un alarde intelectual, al que llamáis progreso. Pasáis la vida yendo de una sensación a otra, de una esperanza a otra, de una idea a otra, de un maestro a otro, continuamente satisfaciendo vuestras apetencias. Cuanto más os sometáis a vuestras apetencias, tanto más crearán objetos, ideas, salvadores, *gurús* para su propia satisfacción. Así, la Verdad se reduce a un cebo, una concepción; por lo tanto es irrealizable. La Verdad es indescriptible; nadie puede estimularos hacia esa realización; pero si alguien lo hace, entonces eso no es la Verdad. Si alguien os explica su éxtasis, su perfume, desconfiad de esa persona, porque es víctima de la sensación, y vosotros mismos no seréis otra cosa que esclavos de esa sensación.

Espero que entenderéis esto, porque si no, todas mis charlas no conseguirán más que haceros perder el tiempo. No podéis seguir a nadie, aunque podéis considerar sus ideas; no existe la posibilidad de que concibáis qué es la Verdad, porque es inconcebible, ilimitada, algo de que sólo podéis daros cuenta en una intensa lucidez emocional. No tiene nada que ver con la excitación, con el histerismo; exige un pensamiento cuidadoso, una mente flexible, y una intensa vigilancia en la busca.

Por la vista y el tacto percibís sensaciones, las sensaciones os producen pensamientos, y los pensamientos traen las ideas. Así vuestra percepción, vuestros contactos y vuestras sensaciones os crean apetencias. Hay muchas capas de ape-

tencias, y estas capas superpuestas, por decirlo así, constituyen la consciencia de sí mismo, la individualidad, el ego, «el yoísmo», la personalidad. Empleo todas estas palabras como sinónimas para daros a entender que dondequiera que exista apetencia, de la clase que sea, existe la consciencia de sí mismo, y no hay armonía; mientras que, al cesar las apetencias, hay inteligencia y perfecta armonía.

Habéis de ver que lo que llamáis el ego, la personalidad, la individualidad, la consciencia de sí mismo, no es más que una serie de estorbos creados por la apetencia. Por lo tanto, el «yo» no es más que una frustración, un reconocimiento por choque, por reacción de un estorbo. Es decir, sois conscientes de vosotros mismos como personalidades, como egos, sólo cuando quedáis frustrados, cuando hay resistencia.

De modo que estas capas de apetencias se producen mediante sensaciones, contactos, percepciones. Hay una intensa apetencia, y por ella viene la idea de distinguir, y, por lo tanto, resistencia. Habiendo creado las diferencias de personalidad, ego, individualidad, creéis que la realización de la Verdad, esa eterna bienaventuranza, depende sólo de la evolución, el progreso, de ese estorbo al que llamáis «yo». Esto no es sólo una observación intelectual, una mera idea filosófica. Si lo pensáis bien, veréis que cuando estáis muy interesados, cuando estáis muy concentrados, no existe esa tirantez del esfuerzo. Lo que llamáis el ego, que no es más que resistencia, es una ilusión, un error; y un error proyectado en el infinito, por muy engrandecido y glorificado que esté, siempre es un error.

No pretendo que creáis cuanto os digo, sino que lo penséis cuidadosamente, y veréis lo natural y lo sencillo

que es. El hombre de inteligencia suprema es el que está completamente libre de toda resistencia en sí mismo, creada por el distingo de la idea. Ese distingo nace de la apetencia--«yo quiero», «yo poseo», «mío» y «tuyo»—. Con esa apetencia como base, construís la estructura completa de la vida; todos vuestros pensamientos se basan en la separación, el distingo, la resistencia. Cuando tratáis de uniros con la Verdad, deseáis conservar vuestra propia individualidad, vuestro propio distingo, y, sin embargo, ser uno con el todo. Es decir, deseáis conservar la resistencia de vuestro propio distingo, y queréis que todos los demás sean como vosotros. Ansiáis una uniformidad en la que no haya esfuerzo, y a eso lo llamáis la Verdad. La Verdad no puede medirse de esa manera; es libre, infinitamente flexible, siempre nueva, nunca estática. Para realizarla, debéis tener una mente exquisitamente dócil, libre de ideas causadas por apetencias; pero habéis olvidado la causa, que es la apetencia, y os asís al efecto, que es el ego, la personalidad, la individualidad.

Ahora bien; el enterarse de la causa de las cosas, es tener plena consciencia de sí mismo, y nadie puede deciros si tenéis plena consciencia de vosotros mismos; llegáis a tenerla sólo por vuestro propio esfuerzo. Ese es el verdadero esfuerzo. Mientras no sepáis la causa, seréis esclavos del efecto; y yo digo que podéis ser libres de la causa y del efecto, que producen el ego. Al libraros de la apetencia, cuyo efecto es la consciencia de sí mismo, la personalidad, la dualidad, el estorbo, os libráis de la causa, y, por lo tanto, os libráis de lo que llamaríais *Karma,* causa y efecto.

Como ya he dicho, debéis enteraros de la causa de la consciencia de sí mismo, de la individualidad. No aceptéis

ni rechacéis lo que yo digo, sino averiguad por qué existe esa idea de «yo», descubrid cual es la causa que produce tan desastrosos efectos. Veréis que por la percepción, por la sensación, por las ideas, tanto colectivas como personales, vienen apetencias, y estas apetencias producen muchos estorbos, y estos estorbos crean la consciencia de sí mismo.

Ahora, para realizar la Verdad, para realizar esta infinita renovación de la Vida, debéis ser absolutamente libres, vuestra mente debe estar completamente despojada de toda apetencia. Diréis: «¿Cómo puedo yo, un hombre del mundo, vivir en el mundo sin apetencias?» ¿Habéis tratado alguna vez de vivir sin apetencias? ¿Habéis visto alguna vez la causa del dolor, y os habéis dicho: «Me libraré de esa causa»? Intelectualmente veis la causa, e intelectualmente veis lo difícil que es librarse de ella. Por eso no hacéis la prueba, sino que decís: «Un hombre en el mundo no puede vivir sin apetencias, tiene que luchar por sí mismo en esta civilización; de otro modo es aplastado, destruído.» Pero como no habéis hecho la prueba, no sabéis lo que va a suceder. Pensáis sobre ello, pero como no habéis hecho la prueba, vuestro pensamiento es puramente teórico, y, por lo tanto, de muy escaso valor. En cambio, si estáis emocionalmente identificados con esta idea de la vida absolutamente libre de apetencias, veréis que sois dueños de las circunstancias, porque tenéis tan infinita capacidad de adaptación que no os aferráis a nada, y, por lo tanto, no tenéis ningún temor. Estando libres de la sensación de percepción, percibís sin sus seducciones.

Debéis estar libres del sentimentalismo de la emoción, lo cual no significa que debéis estar libres de la emoción; al contrario, debéis poseer gran intensidad de emoción sin

enredaros en ella. Es decir, debéis estar libres de la emoción apegosa, personal. Al mismo tiempo, debéis estar libres de toda clase de ideas, y sin embargo, ser tan adaptables, estar tan alerta, que seáis un océano de ideas.

Esto no son meras teorías; os estoy hablando de lo que yo vivo, os estoy diciendo lo que yo he realizado de manera permanente, aquello cuyo éxtasis es inmensurable. Me he librado de la causa y el efecto, y sé lo que digo. Hablo de la Vida misma, y conozco la bienaventuranza de la Verdad. A vosotros os parecerá una teoría, porque no lo vivís. Si estáis vitalmente despiertos a la vida, en vez de perseguír el más allá o el pasado, que no es más que muerte, veréis la viabilidad de lo que estoy diciendo, el lado práctico de que tanto os enorgullecéis.

Ahora bien; sólo la acción puede revelar las innumerables capas de apetencias en que estáis presos. La acción no enseña, no hace más que libertaros; pero creéis que para aprender necesitáis experiencia. Buscáis a través de experiencias, a través de la acción, algo que queréis comprender. Por lo tanto, la acción no tiene para vosotros valor alguno; empleáis la acción sólo para poder ir más lejos, para aumentar, para expansionaros. De esa manera, la acción crea un dolor más grande, no os libra del dolor. La acción es para vosotros mera acumulación, no la plenitud de la sabiduría. No hacéis más que amontonar conocimientos sobre conocimientos, y creéis que eso es comprensión, cuando en realidad cada vez os aprisiona más la experiencia. La verdadera función de la acción, mental, emocional y física, es la de desprender las capas de apetencia, pues la acción verdadera no tiene móviles. La Verdad no se consigue con acumulación de ninguna clase, ya sea de virtudes, cualidades o

cosas, sino con la continua penetración, que es acción siempre en el presente. Si vivís con esa concentración, con esa adaptabilidad de mente en el presente, vuestro pensamiento y vuestra emoción despertarán al conocimiento de la causa del dolor, y así la mente se va librando de la limitación de las apetencias. Mientras que si en la acción tenéis un motivo, por muy variadas e inmensurables que sean vuestras experiencias, tal acción destruirá la plenitud misma de Vida en el presente. La acción, por consiguiente, no es un proceso de adquisición de conocimientos, sino de comprensión; no de acumulación, sino de eliminación, que da infinita flexibilidad a la mente. A través de esta denudación está la percepción inmediata. Es errónea la idea de que la Verdad está en alguna parte, que Dios está lejos, a quien el hombre puede acercarse sólo por la evolución, por la perpetuación de la autoconsciencia, la individualidad. La verdadera acción debe ser vuestro guía, vuestra luz; no la acción que se basa en el motivo.

En el proceso de descubrir la causa del dolor, que es la apetencia, afrontáis la completa soledad que hasta entonces habíais evitado cuidadosamente sumiéndoos en la sensación. Si procuráis realmente libraros de la causa del dolor, que son las apetencias, os hallaréis solos. Afrontando esa soledad, devenís vigilantes, alertas. Os hallaréis completamente despiertos sólo cuando no tratéis de evitar algo, cuando no intentéis escapar de lo inevitable, que es el estar solo; y en el éxtasis de esa soledad se realiza la Verdad. Mientras no os hayáis librado tanto de la voluntad colectiva como de la personal, o sea, de las apetencias, no os será posible realizar la Verdad; pues esta realización requiere una mente maravillosamente flexible, que no podréis poseer mientras os

apeguéis a algo. Y en el proceso de despertar una mente así flexible, hay el gozo de la soledad, en la que existe recordación y no recordación. Libertando la mente de ideas, y por tanto de desarmonía, tenéis la percepción directa, y esto es verdadera inteligencia, la cual es perfecta armonía, la realización de lo eterno. El que esté alerta y vigilante, que jamás caiga en la indolencia, realizará lo perdurable.

5 de junio de 1932.

V

Pregunta: ¿Debemos despojarnos por completo de la facultad de la memoria con el fin de vivir despiertos en el presente? ¿Hay variedades de memoria? ¿Cuál es la diferencia entre vuestro recuerdo y el mío de un incidente pasado, si vos estáis libertado y yo no? Cuando no hay memoria del pasado ni expectación por el futuro, ¿es una acción más importante que otra?

KRISHNAMURTI: La memoria se produce por la apetencia. Cuando la comprensión es incompleta, hay memoria. Cuando la mente está cargada de ideas; cuando la mente está cubierta con el futuro y el pasado, entonces existe la memoria. No hablo de la memoria en el sentido de recuerdo de incidentes; me refiero a la memoria que nace del ansia. Veréis que esto es así si pensáis acerca de ello. Por el ansia creáis una resistencia. Al desear algo vuestra mente se ocupa del futuro; esto es, vivís por contraste, sois infelices porque deseáis ser felices. Imagináis lo que es la felicidad, y por contraste resulta la infelicidad. En cambio, libertar la mente de la idea de contraste, de la idea de futuro, es vivir en la acción sin incentivo ninguno. Cuando vuestra mente se ajusta a un ideal, o a lo que concibe como verdadero, en ese anhelo el presente no os da su completo significado, por eso recordáis un incidente una y otra vez, y vuestra mente queda ocupada con él. Esa es la memoria. Se produce el autoanálisis, la introversión, cuando no habéis comprendido la experiencia en el presente, y la comprensión es siempre del presente. En el autoanálisis os salís de la corriente de la vida y os ponéis a examinar una cosa que ha pasado y está muerta; en cambio, existe el proceso

natural de observación, el examen en movimiento, viviendo, que es el examen de la Vida misma. Entonces la mente no está cargada con el pasado. ¿De qué conserváis memoria? De cosas agradables y desagradables que todavía producen resistencia en vuestra mente; pero si vivís completamente, alerta, en el presente, aunque tengáis un recuerdo de aquellos incidentes, vuestra mente no queda cargada con la memoria, porque el simple recuerdo de incidentes no produce respuesta emocional. Lo que habéis vivido completamente, en toda su integridad, con clara penetración, no recarga vuestra mente; mas cuando vuestra mente está dividida, cuando está cargada con el pasado, entonces hay falta de comprensión en el presente.

La lucidez no es una constante repetición de la idea de que tenéis que daros cuenta, lo cual llega a ser memoria. La lucidez es la plenitud de percepción, y sólo podéis tener una percepcion completa cuando vuestra mente no está cercada, impedida por ideas que ha levantado la apetencia.

La consciencia de sí mismo es confusión, falta de armonía, la persecución de un error; mientras que la inteligencia es armonía, que es libertarse de la consciencia de sí mismo, de la personalidad, del ego, de la individualidad. La consciencia de sí mismo y su continuación dependen de la memoria. Pensáis en vosotros mismos sólo cuando quedáis frustrados, cuando algo os estorba, y al daros cuenta de lo que produce la resistencia, lucháis contra ello; así se crean una serie de recuerdos, resistencias, estorbos a los que llamáis consciencia de sí mismo, individualidad. En cambio, para la mente descargada por completo de la memoria que nace del ansia, no hay resistencia en absoluto, está supremamente concentrada.

Observad cómo vuestra mente persigue una idea, o un recuerdo, o vuelve sobre un incidente que no habéis comprendido por entero, y crea así un futuro. Cuando no comprendéis una experiencia, os persigue hasta que la comprendáis, lo cual crea el tiempo; pero si vivís con entera comprensión, tendréis el gozo de la intensa lucidez en el presente. Si esto no está claro, os ruego que preguntéis sobre ello.

Pregunta (del auditorio): ¿No está lleno el presente de incidentes triviales, fútiles?

KRISHNAMURTI: Eso depende de cómo vivís. ¿Por qué tenéis la mente cargada de incidentes pequeños? Porque vuestra mente se ocupa de ellos, se mueve y tiene su ser en esas cosas menudas; por lo tanto, estas cosas se apoderan de la mente. En cambio, si no estuviérais atendiendo a una idea o a un futuro, sino tratando de libertar la mente en el presente por una vigilancia continua, veríais que, aunque estéis haciendo cosas pequeñas, vuestra mente no queda aprisionada, no se carga con ellas. Por estar vuestra mente buscando, deseando, ansiando de continuo, tenéis la idea incesante del progreso por evolución, yendo de una consecución a otra, de una cuestión a otra; pero si podéis librar la mente de la idea de diferencia, de la idea de los opuestos, vuestra mente ya no estará cargada, estará clara, estará siempre vigilante.

Pregunta (del auditorio): ¿Cómo puede la mente quedar libre de los opuestos?

KRISHNAMURTI: Os lo voy a decir. Si sois pobres, mentalmente, emocionalmente, físicamente, queréis ser ricos, ¿verdad? Queréis tener una mente rica, emociones fuertes. Pero esto es sólo perseguir un opuesto, y el opuesto contiene aquello de que vais huyendo. Lo que perseguís encierra aquello de que vais escapando. Cuando sois pobres, queréis ser ricos, y conocéis por contraste lo que es ser rico. Perseguís la riqueza en vuestra mente, y así creáis el opuesto con vuestro anhelo; en cambio, al reconocer el hecho de que sois pobres, y al tratar de libraros de la idea de pobreza, destruís el opuesto.

Si alguien os desagrada, es inútil que digáis que debéis amarle; eso engendra la hipocresía. Pero si tratáis de libraros de la idea de desagrado, vais quedando libres de la idea de diferencia—agrado y desagrado. No podéis hacer esto mentalmente; no podéis decir: «Tengo que libertarme del desagrado», y engañaros intelectualmente. El reconocimiento del hecho de lo que sois, sin tratar de escapar de él, conduce a libertarse de los opuestos.

Si estáis solos, estáis continuamente buscando compañía, tratando de sofocar vuestra mente con ideas, goces, de huir y perderos en buenas obras; pero la herida de la soledad aunque la cubráis con muchas sensaciones, permanece siempre abierta. Por el contrario, si os dais cuenta de vuestra soledad, y la afrontáis, sin tratar de escapar de ella, con este mismo hecho de afrontarla completamente, quedáis más despiertos. Empezáis a ver de qué manera estáis tratando de escapar de la soledad; percibís los sutiles engaños de la mente. Cada vez que os dais cuenta de vuestra huída, os enriquecéis en sabiduría con esa lucidez.

Aunque yo varíe los términos, es de esto de lo que

hablo todos los años. Tratad de daros cuenta de vuestros propios deseos—lo cual no es hacerse autoconsciente. Os hacéis autoconscientes sólo cuando vais persiguiendo un opuesto por alguna apetencia, cuando tratáis de huir de la soledad para ir a la riqueza o a una multitud de ideas. Cuando tratáis, sin ansia, de libertaros de la soledad por medio de la acción diligente, entonces ya no creáis resistencia, que es consciencia de sí mismo, sino que libertáis la mente de la limitación. La acción pura resulta así un proceso de denudación, no una adquisición.

La mente se compone de pensamiento, voluntad, concepción, consideración, reflexión y comprensión. Mas no podéis tener comprensión si vuestra mente está cargada de ansia, de apetencia; esa apetencia crea una idea, y por tanto, un recuerdo. Pero si la mente no trata de apoderarse de algo, sino de libertarse de la causa de la resistencia, que es el contraste, tendréis una mente descargada, y sólo esta mente puede comprender, pues se completa con la lucidez emocional.

Una de las cosas más difíciles de hacer es libertar la mente de la idea del pasado. Si, por ejemplo, tenéis deleite en una experiencia emocional, vuestra mente quiere volver atrás y vivirla otra vez, gozar de nuevo la experiencia. Así creáis el recuerdo por la perpetuación de una idea, y ese recuerdo se convierte en consciencia de sí mismo, el yo, que creéis que es real y que imagináis que progresará hasta que finalmente llegue a ser la Vida misma. El yo no es sino una serie de estorbos, que han nacido de las apetencias; y para libertarse de esta idea de autoconsciencia, que es muerte, y de la idea de unidad, progreso, inclusividad, autoidentificación, la mente tiene que completarse en cada

experiencia. Es decir, tenéis que llegar a daros perfecta cuenta en cada segundo, lo que no se consigue con una mente perezosa.

Si observáis vuestra propia mente, veréis cómo va eligiendo idea tras idea, y viviendo en ellas, seleccionando incidente tras incidente, recuerdo tras recuerdo, creando un sentimiento por el pasado y una esperanza para el futuro. De este modo pasáis los días y los años, y creáis un hábito de pensamiento; en ese hábito vivís, y ese hábito se convierte en vuestra vida, en vuestra conciencia, en todo el contenido de vuestro ser. Una mente que mora de continuo en los incidentes, en los recuerdos, en las ideas, está siempre cavando su propia fosa.

Pregunta: Muchas voces hablan dentro de mí; ¿cómo podré reconocer la voz de la Vida? Por mucho tiempo ha sido acallada. ¿Existe alguna piedra de toque con que probarla, ahora que deseo escucharla?

KRISHNAMURTI: Nunca existe una piedra de toque. Si existiera, no sería real, porque sería vuestro propio deseo, vuestro propio anhelo, que había creado la idea de un tipo. Decís que hay muchas voces que hablan dentro de vosotros. ¿Por qué? Porque tenéis muchas apetencias, muchos anhelos, muchas atracciones, muchas repulsiones, de modo que todas estas llamadas voces no son más que vuestros propios deseos. La vida no tiene voz, es; y podéis conocer esa concentración de energía, que es la verdadera esencia de la Vida, solamente al desenredaros de todas esas voces. Así, pues, tenéis que vivir en el presente; no podéis desenredaros de ellas por el contraste, sino tan sólo libertándoos

de la verdadera cosa que os aprisiona, que es la apetencia. En el proceso de libertaros, en el proceso de libraros de todos los estorbos, llegáis a daros cuenta de la Vida eterna, sin principio ni fin.

Pregunta: ¿Cuál es el verdadero objeto y la necesidad de la penosa construcción de este sentimiento de separación, de «yo», si, tan pronto como está bien establecido, tenem o que comenzar a despojarnos de él?

KRISHNAMURTI: No hay necesidad ninguna, pero lo estáis haciendo. Vuestra idea de la espiritualidad, del progreso, de la consecución, se basa en la codicia, y, por tanto, comenzáis a adquirir cualidades, y de aquí las diferencias, que crean la idea de «tuyo» y «mío». Tenéis vuestro modelo particular, vuestros anhelos particulares; vuestra mente está cercada por barreras levantadas por vuestros anhelos, que son el resultado de la sensación y la percepción. Por consiguiente, a través del penoso proceso de la adquisición creáis un error, al que llamáis el ego, y perseguís ese error durante un largo tiempo, hasta que, viviendo, os enteráis de que es una ilusión, de que en sí mismo no tiene realidad ninguna, y empezáis, no a destruirlo, sino a huir de él.

Decís que deseáis buscar la Verdad, pero la Verdad está donde el pensamiento, no está separada del pensamiento y la emoción; está en el hombre mismo, y sólo podréis destruir el ego comprendiendo su causa. Tenéis que daros cuenta de la causa de vuestras propias creaciones, de vuestras propias ilusiones; pues sin conocer la causa, nunca podréis libraros de su efecto. El *karma* no es más que incompleta consciencia de sí mismo. La verdadera liberación del

karma es el darse cuenta de la causa del dolor, y cuando quedáis completamente libres de la causa, entonces os libertáis de todos sus efectos.

Pregunta: Cuando el ego se ha disipado, cuando el sentimiento de separación ya no existe y sólo queda el Uno, cuando la Vida sólo es, *¿quién se da cuenta de esto?*

KRISHNAMURTI: Cuando el ego se haya disipado, lo sabréis. Cuando hayáis disuelto el sentimiento de separación, cuando os hayáis libertado de todos los anhelos, sabréis que no queda «el Uno». Hay algo más. De nuevo tratáis de imaginar lo que es la Verdad. Decís que la Vida es o no es; que es unidad, que es «el Uno». Os aseguro que no hay posibilidad de que concibáis lo que es este éxtasis, ni aun siquiera a lo que se parece; no hay posibilidad de que penséis en ello, porque lo que pensáis es de fuera de vuestra mente, y vuestra mente es un mero observador. La mente se convierte en una propensión, por lo que no puede concebir. Cuando la mente haya perdido su capacidad de atender a sí misma, entonces conocerá. Intelectualmente pensáis lo que es la Verdad; leyendo u oyendo os formáis una concepción de ella, y tratáis de amoldar vuestra vida de acuerdo con esa concepción, de acuerdo con esa imagen.

Si puedo referirme a mí mismo, diré que yo nunca me imaginé lo que fuera la Verdad, nunca anhelé poseerla. ¿Cómo podéis desear algo que no sabéis lo que es? Pero conocí las cosas que me ataban, que inutilizaban mi pensamiento, mi emoción, que me hacían perder energía. Y supe eso que es muy fácil de saber. Así, pues, por el proceso de

libertarme del anhelo, la causa de muchos estorbos, yo sé lo que es la Verdad; pero si alguien me hubiera dicho lo que era, y yo me la hubiese imaginado y hubiese amoldado mi vida a esa idea, no hubiera sido la Verdad, hubiera sido una cosa muerta, una consecución convertida en cenizas. Y eso es lo que vosotros tratáis de hacer. La estructura completa de vuestro pensamiento se basa en la adquisición y la imitación, y, por consiguiente, vuestra consecución no es sino cenizas, nada sino el vacío, y sólo pocos ven la desventura que esto significa.

No tratéis de inquirir lo que sea la Verdad, no tratéis de averiguarlo al escucharme, ni tratéis de sentir lo que sea. Tal esfuerzo es fútil. Aun cuando podáis sentirla ocasionalmente, no tratéis de asiros a ella, sino quitad las causas de resistencia, y la conoceréis. De esta manera os libertáis y no os convertís en una máquina, en un objeto hecho según patrón. Este es el único medio natural y humano. Dándoos cuenta de vosotros mismos os hacéis conscientes de vuestra propia esclavitud; en el movimiento lúcido descubrís todo aquello a lo que permanecéis asidos, y sólo por medio de ese movimiento os libertáis. Esta es la seguridad de la verdadera inteligencia, del discernimiento.

No tratéis, pues, de imaginar lo que sea la Verdad, diciendo que es una llama en muchas lámparas, y que todos nosotros estaremos unidos en el futuro. Estos no son sino anhelos, son la uniformidad del pensamiento con arreglo a un tipo en el que esperáis que no habrá esfuerzo, sino completa paz, que no es otra cosa que muerte. Por el contrario, si vuestra mente se liberta de la idea de futuro, no imaginando lo inconcebible, sino viviendo en el presente, entonces en la misma penetración de las muchas capas de anhe-

los realizaréis el éxtasis de la Vida. De esta manera produciréis orden en el mundo de caos. Aunque lleguéis a ser individuos supremos en vuestra condición de solos y sin igual, habréis perdido todas las características, y seréis como el viento que se mueve, que no tiene lugar ninguno de reposo; como el agua, que se acomoda a cualquier vasija. Más si vuestra mente está cargada con el futuro, con las ideas, moriréis, vuestra paz será sólo estancamiento.

Pregunta: Habláis de la Vida que siempre se renueva. ¿Por qué empleáis la palabra «renovar»? ¿No es la Vida siempre completa, sin agotarse nunca, sin que necesite renovación?

KRISHNAMURTI: Empleo la palabra «renovar» para transmitir la idea de que no hay principio ni fin. Lo que siempre se está renovando, lo que siempre es flexible, es la Vida misma. Aquello que siempre se está recreando es la inmortalidad, la eternidad. Estoy tratando de describir lo indescriptible, y vosotros nunca comprenderéis si tratáis de copiarlo. La inmortalidad, el darse cuenta de la carencia de muerte, no es algo estático, no es un fin, una conclusión; es la esencia concentrada de la Vida misma, que es energía. No podéis pensar en la energía como algo final. Pensáis en ella como algo final porque queréis alcanzar ese fin, queréis conquistarlo, de tal modo que podáis sentir la satisfacción de haber progresado. Por esta razón he venido diciendo que no puede haber una consecución, porque aquello que conseguís os destruye. Si buscáis un final y tratáis de asiros a él, destruís la mente que está procurando libertarse.

Pregunta: Habèis dicho que si estuviérais en una posición de responsabilidad con respecto a otros, cumpliríais ese deber, pero que no os comprometeríais a nuevas responsabilidades. ¿Por qué no? ¿Por qué evitar la acción y el trabajo en este mundo de objetividad? ¿Es que la completa realización de la Verdad coloca el interés del hombre fuera del mundo trabajador? ¿No es su busca un continuo proceso interno, independiente de su acción diaria y de su responsabilidad, y que impregna ambas?

KRISHNAMURTI: Seguramente estoy de acuerdo con el que interroga; pero voy a tratar de explicar algo que se entenderá erróneamente, por tanto, procurad seguirlo.

La responsabilidad es egoísmo. Sois responsables de lo vuestro, ¿no es así? Tenéis deberes hacia lo vuestro. Decís: «Tengo que pensar en mi hijo, en mi esposa, en mis posesiones, y por consiguiente, soy responsable». En cambio yo hablo de la libertad en la que no hay distinción entre «vuestro» y «mío», y por tanto, ni responsabilidad ni su opuesto. Cuanto más os erijáis en responsables del bien de los hombres y de la sociedad, del adelanto de un sistema, tanto más centrados en vosotros mismos, mezquinos y fanáticos os haréis. Pero si la mente no está limitada por el anhelo, si no está embarazada por la idea de «vuestro» y «mío», entonces quedáis libres y conocéis la verdadera responsabilidad, que no es escapar de la acción.

Os hacéis sumisos, falsamente responsables, cuando tenéis la idea de algo vuestro. No sois responsables de mi, ¿verdad? Pero si yo fuera vuestro amigo particular, vuestro compañero, vuestro esposo, vuestra esposa, vuestro hijo, os haríais responsables. Es decir, queríais gobernarme, guiar-

me, ayudarme, protegerme. Por consiguiente, lo que llamáis responsabilidad no es más que una forma muy sutil de posesión, apetencia; en cambio, yo estoy hablando de libertarse de toda apetencia. La verdadera acción sólo es posible cuando la mente está libre por completo de la autoconsciencia, del anhelo. Esta es la verdadera espontaneidad, ser libre por completo; entonces vuestra acción carece de incentivo. Si comprendéis esto, si vivís con lucidez durante unos pocos días, sabréis lo que es la verdadera acción. Veréis que si quedáis libres de responsabilidad, sois la consideración misma; os sometéis a lo inevitable, y en ese sometimiento está el éxtasis de la Vida.

Pregunta: ¿Es posible estar sin un incentivo y a pesar de ello tener un vivo interés en una forma particular de trabajo?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué no? Queréis decir que os interesáis en el trabajo porque os da algo en recompensa. La estructura de la civilización se basa sobre esta idea, pero los pocos que comprenden tienen que separarse de ella. Para quedar libre de incentivo en la acción debéis estar exentos de voluntad colectiva y personal. Separarse de la uniformidad de pensamiento requiere una gran lucidez, la alegría de la soledad; pero pensáis de esta soledad como de una desdicha, como de algo tan trágico, tan espantoso que huís de ello.

Pregunta (del auditorio): Pero, ¿no estamos interesados en la Realidad porque nos da la liberación?

KRISHNAMURTI: Si estáis interesados en alguna cosa porque os da algo, eso no es más que apetencia, ¿no es así? ¿Amáis a otro porque os va a dar algo? Si consideráis la Realidad para que os dé lo que llamáis liberación, no os dará esto, sino os hará esclavos de vuestra idea.

Como ya he dicho, la verdadera acción, sin incentivo, sólo es posible cuando todo anhelo ha cesado. Podréis actuar con claridad, libremente, cuando la mente esté desembarazada de toda sensación, y sólo entonces vuestra acción dejará de producir el excesivo caos que existe en este mundo en la actualidad. La acción sin incentivo es verdaderamente libre; en ella no hay cálculo ni deseo. Hacer algo que por el momento os gusta no es espontaneidad. La espontaneidad de la acción es la plenitud de percepción, y esto sólo puede realizarse con el proceso de libertar la mente de la apetencia.

Pregunta: Os ruego que expliquéis la diferencia entre autoanálisis y recogimiento.

KRISHNAMURTI: ¿Qué es autoanálisis? Deseáis un automóvil, y al mismo tiempo vuestra mente os dice que no es necesario. Hay una lucha, y comenzáis a analizar por qué y por qué no. La base, pues, del autoanálisis es la apetencia. Cuando no deseáis no analizáis; pero si deseáis algo encontraréis innumerables razones para poseerlo. Por consiguiente, lo que llamáis introversión se produce por la división de la mente en la apetencia.

Ahora bien, el recogimiento, en el verdadero sentido, es estar alerta, darse cuenta; y darse cuenta es saber la causa de la división, que es la apetencia. La lucidez es la plenitud

de percepción. Podéis percibir por completo cuando no tenéis apetencia, y así estáis libres del autoanálisis. Darse perfecta cuenta no es someterse a las capas y capas de apetencia, pensando que debéis pasar todas las experiencias, lo que no es sino otra sensación. La viveza de mente no es egocentrismo. La mente está despierta sólo cuando trata de librarse de la causa de la limitación, que es la apetencia. Si la vigilancia no es para descubrir la causa, entonces esa vigilancia se convierte en egocentrismo, en consciencia de sí mismo. Cuando investigáis la causa, no os centráis en vosotros mismos, no sois autoconscientes; estáis alerta, vigilantes, flexibles; vais a la misma raíz de la causa.

Pregunta (del auditorio): ¿Cómo seguiremos la cadena de acontecimientos, de causa y efecto, sin análisis?

KRISHNAMURTI: En el completo movimiento del vivir descubriréis la causa, sin autoanálisis.

Pregunta (del auditorio): ¿Qué nos decís de la acción de dar?

KRISHNAMURTI: Si tenéis muchas cosas, virtudes, ideas, entonces queréis dar; pero si nada tenéis, nada hay que dar. Estoy hablando de libertad, no de dar.

Pregunta (del auditorio): ¿No podemos olvidarnos de nosotros mismos al dar?

KRISHNAMURTI: Si en algo os olvidáis de vosotros mismos, eso no es real. Las gentes tratan de olvidarse de sí mismas en la adoración, evitando las luchas de la vida dán-

dose al objeto de su adoración, por medio del servicio, haciendo buenas obras y aprendiendo mucho. Seguramente éste es un modo de escapar, ¿no es cierto? No podéis olvidaros de vosotros mismos, aunque hagáis lo que queráis. Podéis tapar vuestra soledad, podéis engañaros, pero la soledad existirá siempre hasta que la hayáis afrontado. No podéis huir de ella, no podéis perderos en nada, en dar o compartir. ¿Por qué dáis? Porque poseéis, sois superiores, tenéis algo que dar. ¿Qué podéis dar sin que hayáis adquirido primero?

Pregunta (del auditorio): ¿No os podemos dar apoyo mental?

KRISHNAMURTI: Es lo mismo. Si dais, tenéis que haber adquirido primero. ¿Por qué habéis de tener algo? Si tenéis algo que dar—ya sea pensamiento, riqueza o afecto—hacéis al que debe recibirlo, más débil; no es más que explotación.

Pregunta (del auditorio): ¿Qué nos decís de repartir?

KRISHNAMURTI: Estoy hablando de ser como nada, ni repartir ni dar. Si no entendéis esto, todo lo que he estado diciendo está de más. Vuestra total concepción del progreso es la adquisición, aumentar más y más, recoger, acumular. Así existe el superior y el inferior, el reparto y la dádiva. Porque tenéis más que nadie, repartís y dais. No es que no debáis dar, no es que no debáis repartir; pero esta idea de repartir y de dar, porque tenéis algo, es como si yo os exploto primero para conseguir dinero, y después lo reparto con vosotros. Es sólo al concebiros a vosotros mis-

mos como superiores cuando se os ocurre la idea de dar y de repartir.

Pregunta (del auditorio): ¿No está todo en la actitud hacia la posesión?

KRISHNAMURTI: No, señor. Podéis tener una excelente actitud con una buena bolsa. En tanto que tengáis una apetencia, un anhelo, acumularéis, cualquiera que sea la actitud que adoptéis. En la posesión existen el dar y el repartir; primero conseguís el dinero, y después lo repartís. La idea de repartir y de dar sólo es posible cuando sois conscientes de vosotros mismos como poseedores de algo. Adquirir con el fin de dar no es una virtud.

Pregunta: Os ruego que nos digáis la diferencia entre inteligencia y consciencia de sí mismo.

KRISHNAMURTI: La inteligencia es armonía, la consciencia de sí mismo es falta de armonía.

6 de junio de 1932.

NOTICIAS

Después del campamento que se celebró en la primera semana de junio, 1932, permaneció Krishnamurti en Ojai pasando varios días en una soledad reparadora. Durante este descanso, hizo varias excursiones por las vecinas montañas; y en una ocasión anduvo desde las cinco de la mañana hasta cerca las cuatro de la tarde, la distancia de unos cuarenta kilómetros, sobre veredas escabrosas y despeñadizas, hasta ganar la cima del pico *Topa Topa* que se eleva a varios miles de pies sobre el nivel del mar. Ha estado gozando de una salud excelente y ha demostrado gran energía y vigor. Durante su permanencia en Ojai preparó las charlas que había dado en el Robledal, para publicarlas en el *Star Bulletin,* de donde las traducimos para la Revista de la Estrella.

El día 13 de julio, salió Krishnamurti de Los Angeles en aeroplano para Portland, acompañado de Mr. V. C. Patwardhan, donde dió dos conferencias, la primera el día 16 en una gran sala, y la otra el día 17, al aire libre, en el patio del Colegio Reed. En la tarde del mismo día 17 celebró una entrevista de quince minutos con el director de la estación de radio local, la cual fué transmitida a los radio oyentes. Al día siguiente, salió en automóvil para Seattle, donde descansó unos días en casa de un amigo, antes de comenzar sus charlas en la reunión de la Escuela Moran, de la isla Bainbridge. Mientras estuvo en Seattle dió otra entrevista ante el micrófono, que fué radiada.

La reunión campestre en la Escuela Moran se celebró del 22 al 31 de julio, en un lugar que los concurrentes han descrito como ideal. El auditorio varió, en el curso de las

reuniones, entre 200 y 300 personas, aunque sólo se habían inscrito 75. El hecho de que esta reunión fuese relativamente pequeña, hizo posible una mayor intimidad entre Krishnamurti y sus oyentes, quienes demostraron sentir un profundo interés por sus ideas.

En la tarde del día 25 de julio, habló Krishnamurti en la Universidad de Wáshington, de Seattle, a un auditorio de 2.500 personas. Más tarde hubo una discusión en la que tomaron parte miembros de la facultad, incluso el Presidente y el Vicepresidente de la Universidad. Estas reuniones provocaron muchos comentarios interesantes.

Desde Seattle Krishnamurti embarcó para Victoria, B. C., donde, después de recibir a los periodistas, habló, el día 5 de agosto, ante un auditorio de 1.300 oyentes. Muchos centenares más quedaron defraudados al encontrarse con el local ya atestado. Su próxima visita fué para Vancouver, en cuya ciudad tuvo lugar una reunión para jóvenes y amigos con una asistencia de unos 250, a quienes dirigió la palabra Krishnamurti; además, se organizó una conferencia pública, que tuvo lugar el día 7 de agosto por la tarde, a la que concurrieron más de 5 000 personas para oir a Krishnamurti. Al día siguiente dió una charla de media hora ante el micrófono, para los radio oyentes; y el día 9 salió para Calgary.

Las informaciones periodísticas de las charlas dadas en Victoria y Vancouver fueron excelentes, ayudando con eficacia en la presentación correcta ante el público de las ideas de Krishnamurti.

A continuación damos la lista de las ciudades que habrá visitado Krishnamurti durante los meses de septiembre y octubre. Las reseñas de estas visitas serán publicadas en la Revista de la Estrella en un próximo número.

Sept. 2-11 —Sarobia, Eddington, Pa.
Sept. 16-18—Rochester, N. Y.
Sept. 22-25—Cleveland, O.
Sept. 29 —Minneapolis, Minn.
Sept. 30 —St. Paul, Minn.
Oct. 4- 6—Kansas City, Mo.
Oct. 9-11—San Antonio, Tex.
Oct. 16-21—Birmingham, Ala.
Oct. 23 —Atlanta, Ga.
Oct. 29-31—Montreal, Quebec.
Nov. 4- 6—Toronto, Ontario.

Recientísimas noticias que han llegado a esta redacción indican que Krishnamurti continúa su viaje dentro de las fechas del programa y con una salud excelente, encontrando en todas partes grandes auditorios ávidos de escucharle.

REVISTA DE LA ESTRELLA

PROGRAMA EDITORIAL

Publicar las pláticas, escritos y poemas de Krishnamurti.

EDICIÓN ESPAÑOLA
PUBLICADA POR LAS SIGUIENTES AGENCIAS
DE THE STAR PUBLISHING TRUST

ARGENTINA, José Carbone, Avenida de Mayo, 1370, Buenos Aires.

CHILE, Armando Hamel, Casilla núm. 3603, Santiago de Chile.

ESPAÑA, Francisco Rovira, Apartado 867, Madrid.

PUERTO RICO, Enrique Biascoechea, Apart.º 1334, San Juan.

URUGUAY, Adolfo Castells, Agraciada núm. 2469, Montevideo.

Esta revista se publica además en los siguientes países, traducida a su lengua vernácula: Alemania, Brasil, Cuba, Dinamarca, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Hungría, Inglaterra, Italia, Java, Malaca, México, Noruega, Polonia, Portugal, Rumanía, Suecia.

Se publica en inglés con el título de *Star Bulletin* (Boletín de la Estrella), por el Star Publishing Trust, Hollywood, California.

TALLERES TIPOGRÁFICOS IZAGUIRRE, MAGALLANES, 18 DUPLICADO, MADRID